

et nihil hic quietius, quam hujus sæculi nihil appetere. S. BERNARD. SERM. 6. danos afectos; y nada hay más dulce y tranquilo, que el no desear cosa alguna de este mundo.

DESCANSO : Véase : DOMINGO.

DESCONFIANZA.

Beatus vir qui sperat in eo.

Bienaventurado el hombre que en él confía.

(*Sal. xxxix, 9.*)

El demonio, que nos incita al pecado, poniéndonoslo todo expedito, nos desanima despues con lo terrible de la divina justicia. Has ofendido, le dice al pecador, á un Dios infinitamente justo, infinitamente celoso de su honra; has perdido su gracia y amistad; has incurrido en su indignacion; ¿qué esperas en este caso de su bondad? Despues de haberle injuriado tan continúa y descaradamente, ¿cómo puedes esperar te franquee sus soberanos auxilios, sin los cuales de nada sirven todos los esfuerzos de los hombres y de toda la naturaleza? De este modo procura el enemigo conducirnos á una funesta desesperacion. ¡Traidor! no se expresaba así cuando halagaba nuestra pasion.

Sin embargo, nosotros sabemos, que es tan infinita la misericordia de Dios, como su justicia; sabemos, que desea nuestra felicidad

con mucha más intension que nosotros mismos; por consiguiente no tenemos motivos para desconfiar. Voy á demostrarlo: A. M.

1. Dios aborrece el pecado, es verdad; pero tambien lo es, que no puede olvidar, que el pecador es hechura de su mano omnipotente, que es un soplo de su divina boca, que es una porcion, digámoslo así, de su mismo sér. ¿Llegará una tierna madre á olvidar al hijo que llevó en su seno, aunque sea desobediente y perverso? pues aunque esto pudiera suceder, nos dice Dios por el profeta Isaias, ISAI. XLIX, 15, nunca sucederá que yo me olvide de vosotros. Aborrece el pecado; mas, apénas el primer hombre se sujetó á la vergonzosa esclavitud de la culpa, le ofreció el Señor el medio más seguro y eficaz de romper sus cadenas, y volver al delicioso estado de que habia caído; y aunque siempre le habia amado, nunca le manifestó su amor con señales tan marcadas y excesivas como despues del pecado. En el estado de su inocencia, le hizo dueño de los peces, de las aves, de los reptiles, de todos los animales, de todo lo que alcanzaba su vista; pero todo era obra de las manos de Dios; todas estas cosas eran criaturas: despues del pecado le promete, y, en efecto, le hace donacion de su mismo Hijo, de su Hijo único, de aquel Hijo, que es el resplandor de su gloria, la imágen de su divinidad, una misma sustancia, un mismo Dios, con el Padre: le da su Hijo, para que sea perseguido, atormentado, crucificado y muerto, y franquear así el camino de la salud al hombre pecador.

¿Qué es esto, Dios mio! ¿de dónde tanta misericordia? ¿Quién es capaz de medir la infinidad de vuestro amor al hombre, por más que él os aborrezca? Y ¿aún desconfiaremos de vuestras bondades?

La Iglesia santa, poseida de la más justa gratitud, como que sale fuera de sí de alegría, y en vez de aborrecer, detestar y maldecir el pecado, lo celebra, por el contrario, lo aclama y felicita: *¡dichosa culpa*, dice con un santo entusiasmo, *dichosa culpa, que ha merecido, tan grande, tan benéfico, tan misericordioso, tan divino Redentor!* ¡Verdaderamente, feliz el pecado, que ha sido redimido con la muerte del mismo Dios, á quien ofendia! Y ¿temeremos nosotros, que nuestros crímenes hayan agotado este inmenso raudal de las divinas misericordias? ¿Juzgaremos, que ya no es tiempo de recuperar lo que perdimos? Por mas que háyamos estado sumergidos en el abismo de los vicios más abominables, desde que empezamos á usar de la razon, aunque hayan éstos penetrado hasta la médula de nuestros huesos, aunque tengan á nuestra alma más fea y horrible que los condenados del infierno, no importa; en el instante en que nos convirtamos á Dios, re-

cobramos, por su gracia, toda la belleza y felicidad, que habíamos perdido; nuestra alma quedará más blanca que la nieve, más resplandeciente que los astros, más hermosa que los cielos. Sus iras, su furor, su indignación, todo se apaga enteramente al vernos arrepentidos. Más aún; á pesar de su ciencia infinita, y de su incomprendible eternidad, nos dice por el profeta Ezequiel, EZECH. XVIII, 21 ET 22, que si el pecador se arrepiente de sus pecados, los borrará de su memoria, de suerte, que jamás volverá á acordarse de ellos.

El hombre miserable, esclavo vil de sus pasiones, especialmente de la soberbia, origen de su perdición, se resiste á creer, que llegue á tal extremo la bondad de Dios; pero este Señor, movido de su infinita misericordia, y conociendo, que la fe de este atributo de su divinidad es el medio más eficaz de librar al pecador de sus culpas, añadió el más solemne juramento, para desvanecer cualquier duda, que pudiera ocurrirnos, y dejar nuestras almas llenas del más dulce consuelo. *Por mi misma vida os juro*, nos dice, EZECH. XXXIII, 11, *que no quiero la muerte ni la condenación del pecador; lo que de veras deseo, solicito y anhelo es su conversión*, para poderle dar la vida eterna.

Si tan repetidas promesas, si tan solemnes juramentos no acaban de convenceros, recurrid, os diré con San Juan Crisóstomo, recurrid á la experiencia: lo mismo que sucedió á los primeros padres, ha sucedido á los demás pecadores. David, abusando de la autoridad real que Dios le había confiado tan graciosamente, quita á un tiempo á Urias la mujer, el honor y la vida; pecados tanto más graves, cuanto mayores beneficios le había dispensado el Señor. Sin embargo, cuando él quiso, en el tiempo que, reconocido, llegó á exclamar, *peccavi*, el Señor le acogió con la mayor benignidad, le concedió un perdón completo, y aún se lo manifestó por un profeta para librarle del temor é incertidumbre. Tantos y tan terribles fueron los crímenes del impío Acab, que no tuvieron semejantes, segun nos dice el mismo Dios. III. REG. XXI, 25. Y este Señor, cuya paciencia es infinita, cansado ya de sufrirle, determina, por último, imponerle un castigo, que sirva de ejemplar y escarmiento en todos tiempos y naciones; pero Acab, noticioso por el profeta Elias, *IBID.* 27 ET 29, se resuelve á cambiar de vida, aprovecha aquel momento, que le parece más oportuno, y obliga á Dios á revocar la sentencia. Manasés, como si se hubiera propuesto provocar la ira de Dios, oponiéndose abiertamente á sus órdenes, solo por ser suyas, introduciendo en el templo santo los ídolos más abominables, obligando á toda la nación á dejar el culto del verdadero Dios, derramando injustamente y con la mayor abundancia la sangre de los inocentes; Manasés, enemigo

declarado de Dios, le hace de intento la guerra más impía y obstinada. El Señor determina ya por tan horrendos crímenes, descargar sobre él y sobre todos sus vasallos el pesado brazo de su justicia; y los entrega á los Asirios sus enemigos, quienes luego llevan al impío rey sin honor, sin libertad, sin reino, cargado de cadenas, sujeto á una penosa esclavitud, y amenazado de una muerte cruelísima. ¿Quién no se persuadirá á que es llegado el tiempo de la perdición de Manasés? Sin embargo, aún está á tiempo; si se reconoce, llora sus abominaciones, pide con lágrimas el perdón, aún está á tiempo de conseguirlo. Así lo hace con efecto, movido de la desgracia, y en el momento es perdonado, restituido á su reino y á la gracia de su Dios, convertido en un rey justo, religioso, en un verdadero penitente y amigo de la virtud. Los Ninivitas...

Pero, ¿qué! ¿me detendré á referir la historia de los Patriarcas, de los Profetas, de los Jueces, de los Reyes y Capitanes del pueblo de Dios, para evidenciar con hechos no interrumpidos, que el hombre está siempre á tiempo de convertirse y recobrar el derecho á la bienaventuranza? Esto ni sería posible, ni lo juzgo necesario.

2. Por otra parte, como pudiera parecer á alguno, que nada tiene de particular el que Dios fuera misericordioso en la ley antigua, porque no le costaba sino querer; para responder, digo, á esta objeción, quiero presentaros hechos de otra especie, que no os dejen la menor duda. Llegad con la consideración á Nazaret; entrad en la dichosa mansión de los santos ancianos Joaquin y Ana; penetrad hasta el retiro de María; oid al Mensajero de los cielos... Pero ¿dónde tenemos oídos para percibir, ni razón para comprender tan profundo misterio? Arcángel santo, ¿no te admiras, no te llenas de espanto, al ver tan abatida la majestad suprema de tu Criador? ¿No se apodera de tí, una santa envidia que te impida dar fin á tu comisión, al considerar que Dios se hace hombre? ¿Puedes creer, á pesar de estarlo tú anunciando, que Dios se cubre de todas las miserias de la naturaleza humana, con lo que va á desaparecer su majestad, su gloria, su grandeza, su poder, su inmensidad, su... puedes persuadirte tú mismo de todo esto?

Dejemos á este Nuncio que termine su misión, y pasemos á Belén, guiados, como los Magos, de la nueva estrella: miremos al tierno Hijo de María desnudo, sin más abrigo que un establo, que le ofrece la caridad, sin otra cama que un pesebre, sin otra compañía que unos brutos, sin más auxilio que la compasión de los pastores: ¿qué es lo que allí se ofrece á nuestra vista? ¿qué es lo que con tan dulces himnos celebran los Ángeles gloriosos? ¿qué es lo que con tan-

to resplandor anuncia la estrella? ¿qué es lo que vienen á buscar los reyes del Oriente? ¿á quién adoran los piadosos pastores? Un niño... Pero ¿es posible, que este recién nacido sea hijo del Eterno Padre? Ni ¿qué objeto podría tener tanta humillacion, tanta bajeza, tanto anonadamiento? ¿Qué fin habia de proponerse...? Oigámoslo al mismo Dios. Apenas se manifiesta á los pueblos, cuando nos saca de tanta admiracion diciendo, *MATTH. IX, 15: Yo no he venido en busca de justos, sino de pecadores*: la miseria del pecador ha conmovido las entrañas de mi misericordia, y viendo, que es incapaz de satisfacer por sí mismo á mi divina justicia, de recobrar mi amor, mi gracia y el derecho á mi gloria, me resuelvo á sacarle de tan lastimoso estado. Yo quiero dar á mi Eterno Padre la satisfaccion, que él no puede dar; yo quiero cargar con la culpa que él ha cometido; yo me obligo á pagar la pena que él debe; yo quiero padecer, para librarle de los eternos tormentos que le esperan; yo quiero morir, porque viva él eternamente; este es el objeto de mi venida al mundo.

Hé aquí, cristianos pecadores, el fundamento más sólido de vuestra esperanza; este es el testimonio más evidente de una misericordia mil veces, mil millones de veces, infinitamente superior á la malicia de todas las criaturas; infinitamente mayor que los pecados juntos de todos los hombres y de los mismos demonios. Y teniendo un fiador de esta especie, un fiador omnipotente, y empeñado en redimir y salvar á toda la descendencia de Adán; ¿quién, digo, dudará, quién podrá desconfiar, de que se le ha de conceder el perdón más cumplido de sus culpas, en cualquier tiempo que lo solicite?

Para reanimar más vuestra esperanza, quiero haceros observar, que nuestro Redentor es tambien infinitamente santo, y que su virtud y santidad no es melindrosa como la de los hipócritas. No se desdén de hablar, familiarizarse y comer con los más famosos pecadores; al contrario, le ocupa siempre la idea de buscarlos, para reponerlos en la felicidad que habian perdido. No se dignará responder una sola palabra á las preguntas de Heródes; pero se detendrá á conversar muy despacio con una Samaritana, con una Magdalena, personas que dan muestras fundadas de aspirar á la virtud: su intento, su único deseo es buscar al pecador, seguirle, estar siempre á su lado, y poder perdonarle, cuando él se lo pida.

Cuando leo en el Evangelio, que aquel amoroso padre, que tantas lágrimas habia derramado por la ausencia de su rebelde é ingrato hijo, sale fuera de sí al verle volver á su casa; corre presuroso á recibirle, sin que le detenga su edad avanzada; le estrecha entre sus trémulos brazos, sin reparar en lo andrajoso del vestido; estampa

mil besos de amor en sus mejillas, sin advertir el hedor intolerable que despedia su cuerpo; olvida todos sus delitos, sin darle lugar á que le pida perdón de ellos, como lo tenia él pensado; alborota toda la casa, haciéndose vestir las mejores ropas y adornar con los anillos y joyas de más valor; convida á todos los parientes; manda matar el becerro más gordo, buscar los músicos de más habilidad y celebrar la fiesta más solemne, en demostracion de que nunca en su vida ha sentido un regocijo tan puro y extraordinario como ahora, que acaba de recobrar al hijo que habia perdido; cuando leo este pasaje en la Historia sagrada, me parece ver retratado en él á nuestro amoroso Redentor, en el acto de volver á su gracia un alma, que se habia extraviado por el camino de la perdicion. ¡Oh! en tan delicioso momento recibe una alegría tan inmensa, un regocijo tan puro, que excede á todo encarecimiento. Entónces le son dulces y deliciosos los dolores, las afrentas, las ignominias y la muerte; entónces ve reunida la preciosa sangre que derramó por todo el género humano; entónces se cumple aquel intenso y eficaz deseo, que le hizo descender desde el elevado trono de su grandeza, hasta el oscuro lugar de la tierra, hasta este triste valle de miserias y lágrimas; entónces olvida que aquella alma fué pecadora; borra de su memoria para siempre todos sus extravíos; cuanto descubre en ella, todo le agrada, todo le excita el amor más intenso.

No extrañeis, cristianos, mis expresiones; todas ellas son tomadas al pié de la letra de la Escritura santa: todas ellas están comprobadas con hechos numerosos é incontestables. En el momento que Pedro reconocido detesta su pecado; en el momento en que contrito el buen ladrón le ruega al Salvador que le tenga presente; en el momento en que arrepentida la Magdalena le busca en casa del fariseo y se arroja llorosa á sus piés, publicando sus culpas; en el momento en que postrado en tierra Saulo dice: ¿qué exigís, Señor de mí? en el momento mismo, sin esperar á más, les concedió el perdón más amplio de todas sus culpas; en aquel mismo momento... Pero ¿qué puede decirse de estas conversiones, que no suceda en todas las demás? Apenas el pecador desengañado se vuelve á Dios, y se declara en favor de la virtud, se verifica en el amantísimo y misericordiosísimo corazón del Hombre-Dios el cambio más glorioso. Su alegría es tal, que, para celebrar aquel acontecimiento, quisiera consumir toda la infinidad de sus tesoros. Todo le parece poco para regalar, para embellecer, para glorificar aquella alma, cuyo amor le ha costado tantos sudores y fatigas, tantas lágrimas y penas. Los cielos resuenan por todas partes con los más dulces y armoniosos himnos;

los Angeles, á competencia, se empeñan en celebrar con las más expresivas demostraciones su inmenso júbilo; los demás bienaventurados, poseídos de la misma alegría, le dan humildes el parabien, le bendicen, le alaban, le tributan el sacrificio de acción de gracias; y aquel padre amorosísimo, embriagado de placer, no acierta á manifestarlo, y solo dice, repitiéndolo sin cesar: alegraos todos; participad, en el modo posible, de las inmensas delicias que inundan mi alma; celebrad mi contento y mi felicidad: sabed que ha vuelto mi hijo, mi amado hijo, el hijo de mi corazón, aquel hijo, que hace tanto tiempo abandonó mi casa, aquel hijo predilecto, que yo he llorado tantas veces, por parecerme irreparable su pérdida.

Llegad, pues, llegad á él pecadores; llegad, que este es el tiempo más oportuno; esta es la hora, en que van á abrirse para vosotros las puertas de la salud; este es el tiempo, en que se van á romper las duras cadenas de vuestra opresión; este es el tiempo, en que vais á sacudir el yugo tiránico de Satanás; este es el felicísimo momento, en que va á correr para vosotros la sangre preciosa del Cordero inmaculado. Llegad, pecadores; llegad á cogerla, para que sean rociadas con ella vuestras almas. Llegad todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, ancianos y niños, llegad: aquí teneis un Dios, que os espera con impaciencia, que os llama con amor, que os perdona con liberalidad. Llegad, que aquí tenéis la satisfacción por todos los hombres, y Dios queda plenamente satisfecho: llegad; que aquí está la hostia ofrecida por nuestra redención, y quedareis completamente redimidos: llegad, que aquí está un Dios muerto por nuestro amor, y viviréis eternamente: llegad; no abuseis de ese tiempo que se os concede, porque ¿quién sabe si este será el último de vuestra vida? Llegad, y haced vuestros los méritos, vuestras las virtudes, vuestra la pasión, vuestra la sangre, vuestra la gloria del mismo Dios: todo es vuestro en el momento en que os decidais. Llegad á aprovechar este momento, del que tal vez pende vuestra eterna felicidad, que á todos deseo. Amen.

DIVISIONES.

DESCONFIANZA.—La desconfianza de la misericordia de Dios hace, que muchos pecadores no se conviertan.

La desconfianza de la bondad del Señor hace, que muchos justos dejen de serlo.

DESCONFIANZA.—Debemos desconfiar:

- 1.º De nuestras pasiones, aún cuando no estén exaltadas.
- 2.º De nuestros pecados, aún cuando nos hayan sido perdonados.
- 3.º De nuestras virtudes, cuando somos virtuosos por capricho.

DESCONFIANZA.—Es necesario desconfiar siempre de los enemigos.

Es necesario desconfiar, algunas veces, de los amigos.

Hay acciones en que conviene, y otras en que no conviene, desconfiar de nosotros mismos.

DESCONFIANZA DE LOS PECADORES.—Los pecadores desconfían de las personas, en quienes deberían depositar toda su confianza.

Los pecadores no desconfían de las personas, de las cuales tienen muy fundados motivos de desconfianza.

Véase: CONFIANZA EN DIOS y MISERICORDIA.

DESMEMBRACIONES RELIGIOSAS: Véase: CISMAS.